

LA ARTESANIA TRADICIONAL EN EL SIGLO XX

Hablar de la artesanía tradicional en el siglo XX parecería un contrasentido cuando el mundo de la ciencia, la informática y los adelantos tecnológicos acercan al hombre a otra era.

La artesanía ha constituido la primera manera en que el ser humano se procuró apoyos a partir de los elementos que le brindaba la naturaleza. La tierra estaba allí, abierta a sus manos, esperando que se le diera una forma. Y así nació un cuenco de arcilla, modelado con el

barro, bajo un cielo ajeno de aviones en donde sólo brillaba el canto de algún pájaro libre. Después fue el mimbre el que se trenzó convirtiéndose en canastos que guardarán alimentos para cada estación. Y las ovejas, guanacos y vicuñas dieron de sí el abrigo con que entibiar el sueño de los más pequeños.

Esta producción a pequeña escala sirvió en el desarrollo de los primeros comercios. Entre los distintos pueblos se intercambiaba todo aquello elaborado con la paciencia

propia y extraña a los relojes actuales. No había premura. Solo la necesidad de proveerse lo esencial para cada día.

Las zonas, con su particular geografía, fueron dando una configuración propia a las comunidades. En la montaña, el frío motivaba la creación de mantas, ponchos, jergones. Y a su vez, según fuera más al norte o más al sur de la Argentina, los colores iban variando. Al sur, más oscuros. Al norte, un desborde de rojos, amarillos, fucsias, como queriendo copiar la paleta de lo que se veía. En las zonas del litoral, con la actual presencia de comunidades aborígenes, la artesanía de la cestería y el tallado en maderas fue lo que predominó, como así también el trabajo con fibras vegetales como el caraguatá o chaguar, las que se hilan actualmente sobre el muslo y con ceniza, por una frotación efectuada con las manos.

También la música estaba presente y así cobraron vida instrumentos musicales en general conectados con prácticas rituales, el birimbao, la flauta de caña, las cajas, los erques, regalaron sus notas en homenajes sacros.

La talla de santos conectó al hombre con la madera y con Dios, estableciendo un nexo donde el alma descansará en la confianza del amparo supraterrrenal.

En forma simultánea el hombre fue perfeccionado cada vez más sus conocimientos y las maquinarias empezaron a proliferar. Con esto se redujeron costos y tiempos de producción. Para el hilado a mano de una manta, con huso, por ejemplo, se necesitaban días enteros. La rueda permitió la reducción a ocho horas en el hilado de veinte kg. de lana virgen. Otro tanto ocurrió en la mayoría de los rubros. Si bien el hecho fue altamente positivo, no podemos olvidar que frente a telares industriales que producen cien o más telas por día, existen nuestros artesanos de campo. Habitantes de zonas casi inaccesibles, a donde sólo se llega a lomo de mula. Tejenderas con manos ásperas de tanto hilar y pincharse con las espigas del monte. Hombres que a puro cuchillo cortan el cuero con la perfección de una máquina. Y lo que hacen, obras de arte popular, no puede provenir de una computadora. Su huella genuina queda grabada en cada objeto que deviene de sus dedos y de sus almas. No

obstante la tecnología y la falta de un verdadero reconocimiento de la importancia cultural de dichos artesanos y sus producciones, los han perjudicado enormemente. El costo de una frazada jachallera, con un mes de trabajo entre escarmenado, hilado, lavado, teñido (muchas veces son colorantes naturales), y tejido es superior al de una frazada industrial. Y la situación económica de nuestros países obliga, a veces, a elegir los objetos más económicos, cálidos sí, pero sin alma, sin la impronta de un corazón artesano.

Toda latinoamérica es tierra de gentes laboriosas, seres con una mirada en donde el arte es una particular manera de ver el mundo. Desde México hasta Tierra de Fuego, desde Perú hasta el Caribe, miles de hombres y mujeres aún siguen elaborando sus utensilios con herramientas caseras, hechas por ellos mismos, ingrátidos, con la autonomía de lo original, de lo auténtico, de lo verdadero.

No bastan políticas culturales proteccionistas. El paternalismo es una manera de impedir el crecimiento, el desarrollo y la independencia de nuestros artesanos. Ellos han sido

capaces, antes que nosotros, los que nos sentamos delante de una computadora, de solucionar los más diversos problemas. Con sólo oler el aire podían elaborar los pronósticos más precisos. Y con unos cuantos yuyos y oraciones curar plantaciones enteras.

No se trata tampoco de desdeñar la ciencia. Ella también es producto del hombre y cuando está al servicio de la humanidad constituye también una de las creaciones intelectuales más maravillosas de admirar.

Entonces el interrogante queda abierto a todos y cada uno de nosotros. ¿Cómo evitar que la artesanía tradicional siga perdiendo terreno y quede arrumbada como pieza de museo? ¿Qué hacer cuando muere uno de nuestros artesanos y con ellos una parte de nuestra historia, de nuestra cultura? ¿Dónde queda registrado el tesoro de memoria que ellos portan?

Por lo pronto (y aunque las respuestas también nos son ajenas) empezar a transitar el camino hacia ellos, buscarlos en los pueblitos de San Juan. Allí, en Jáchal, debajo de los telares criollos están Doña

Calixta y sus nietas. En Iglesia, por los caminitos de Maipiriqui y Zonda, aún quedan pequeñas viejitas, aunque se nos fue Doña Isabel Trigo con sus mates y gallinas y sus hilados. En Valle Fértil, los trenzadores, estriberos; Don Ramón Martínez con sus

mates de plata. Y así por toda la provincia. Están. Esperándonos. Quieren devolvernos la otra mitad que también somos. Para que seamos tan íntegros como podamos, pero con toda nuestra historia. Para seguir siendo. ■

MUJERES DE ARTE SANO

Ha tocado a la mujer artesana una tarea cuyo valor es inefable. Porque ya el sólo hecho de hablar de la mujer es arduo y mucho más difícil aún es dar precisión mediante la palabra, a una figura como la que representan nuestras artesanas.

Ser mujer es recibir el don de la creación. Y crear es lo que permite al mundo amanecer cada día con la esperanza de que vale la pena tejer una jornada más y amasar la alegría para los hijos. Crear es la acción más válida en un universo que se derrumba ante el terror de guerras salvajes o de bombas nucleares.

La mujer es el recipiente en donde

se fecunda el futuro. Es la tierra apta para la siembra, tierra cuya fertilidad nos asegura el mañana. La mujer es el telar en que se combinan el color y la tibieza, el abrigo para la lluvia o la tormenta. Es también el huso que gira y gira enroscando horas y estrellas para convertir el vellón sucio del monte en hilo guardián de la vida. La mujer es la cascara de eucalipto y la olla de hierro en donde beberá la madeja para convertirse en arco iris y luz. La mujer es esa mano llena de grietas con olor a leña y a carbón, con uñas rotas de tanto escarmenar y escarmenar a fin de unir no sólo la lana, sino también la familia y el hogar. Es además el paso firme en busca del agua, con zapatos

estropeados pero con sanos sueños de fe. Porque es la fe. Y fe es creer en el pasado, dialogando silenciosamente con los ancestros, con la raza tutelar. Fe es vivir en el presente y esperar con ojos anchos como el horizonte los días que vendrán.

Nuestras mujeres artesanas habitan zonas recónditas, calles de piedra, cruces de ríos, eternos arenales, márgenes de sol y sauces, álamos, algarrobos y a veces, alguna parra. En estos territorios han recibido el don de la sabiduría: saben escuchar silenciosamente el incommensurable legado de sus madres, de sus abuelas, de sus antepasados, lo que nosotros no entendemos, muchas veces. Saben reunirse en familia y discutir cuántas varas debe tener la chalina y cómo deber ser el enrejado de flecos. Pueden ver en cada planta un color o una medicina. Huelen en el aire la lluvia o la sequía. Poseen un tesoro de memoria que injustamente aún no está registrado en los libros. Tal vez ellas no sepan leer ni escribir. Sin embargo no requieren de la técnica para abrigar a sus hijos. De sus dedos crecerán ponchos cuya delicadeza acompañará al niño a la escuela. Porque aunque ellas no puedan, hacen posible lo imposible

para su descendencia. Con sus alforjas y jergones ayudará al hombre en su trajín. Y por las noches dará tibios sueños con sus frazadas.

Estas mujeres son nuestros cántaros cuando la sed amenaza. Y de sus labios cae la frescura. Son la hondura de la verdad cuando tanta mentira amenaza y aunque cueste arrancarla, saben hilar fino y elegir sólo las buenas cosas, como Dios manda.

Se fueron haciendo y a golpes nuestras artesanas sanjuaninas, ya que les tocó el desierto y la montaña. Pero la piedra no pudo con ellas. Ellas son más fuertes que la piedra. Son la misma fuerza que se erige para protección de los pueblos.

Mujer es la custodia de la estirpe y es la bandera en el cielo. Porque donde hay bandera hay patria y la patria también es mujer y es madre. Es distinta y única. Ellas son quienes permiten que cada pueblo se vista de un modo diferente. Así les dan su estilo, su personalidad. Porque mujer es dar.

Son las que construyen a partir de la nada: con unos cuantos palos

plantan el telar a la sombra del árbol que a su vez ellas sembraron. Caminan dando vueltas con el hilo urdiendo la paz. Van y vienen con sus ovillos hasta encontrar la medida justa. Será porque ellas son la justa medida del bien y a pesar de que el dinero no alcance saben que igual hay que seguir porque la mesa espera y hay que preparar el pan. Y a medida que la trama va germinando en flores y tallos, hay que ir a cuidar de los pollitos que crecen, hay que regar la chacra, remendar el guardapolvo, limpiar la tinaja del agua, curar las quemaduras o el empacho. Ellas acunan el testimonio de nuestras tradiciones y por eso, saben de todo, ya que respetan y valoran lo propio antes que lo ajeno. Tal vez por eso jamás les falta una sonrisa aunque muchas veces les sobran varían lágrimas. Sobre todo cuando hay quienes no les pagan como se debe o cuando tuvieron que cambiar el trabajo de meses, que les llevó una obra, por algunos kilos de azúcar o harina, perdiendo considerablemente con el trueque. Sin embargo el hambre y la salud están primero y los niños aún no entienden de justicia y precios dignos. Por eso un día, cuando crezcan y no quieran prolongar el saber de sus madres, a

quienes vieron sufrir y trabajar de sol a sol, no olvidemos que fuimos todos un poco responsables. Porque no nos están pidiendo tanto: sólo una genuina inclusión en la sociedad actual, con nuestras mismas posibilidades de trabajos, con los mismos beneficios que nosotros poseemos, con obras sociales para el cuidado de la salud. Ellas esperan que cuandoelijamos una compra, pensemos en lo que hacen, y lo que hacen es cultura, es patrimonio de la humanidad por más que no nos demos cuenta. Pretenden precios justos, no menos ni más de lo que sus artesanías valen. No quieren limosnas ni regalías, han nacido trabajando y no les molesta. Pero quieren vivir dignamente de lo que producen. Acaso no nos hemos dado cuenta de que lo que ellas crean es parte de nuestra historia, de nuestro ser. Quizás no entendamos que ellas nos reincorporan nuestra identidad. Porque cada obra que realizan está gestada en lentos días de entrega y de búsqueda de un origen, el de todos nosotros. ■